



© Mariano Martín Rodríguez

Otras humanidades de la ficción especulativa italiana

Traducción e introducción de Mariano Martín Rodríguez

La ficción especulativa abunda en fabulaciones acerca de unas humanidades distintas a la terrestre, en cuya invención se han afanado numerosos autores desde los tiempos más remotos, desde las épocas de cronología ignota en que nuestros antepasados empezaron a contar historias fingidas en las que intervenían no solo entes divinos y, en consecuencia, ajenos a la humanidad, sino también otros seres terrenales enteramente fruto de la fantasía y dotados de capacidades humanas como la inteligencia agente. Ya en época histórica, especies fantásticas como las de los centauros o los sátiros son testimonio de esa creatividad ancestral, que se ha prolongado a lo largo del tiempo hasta llegar a los innumerables e insufribles elfos que fatigan la pobre imaginación de tantos escritores actuales de *fantasy*. Además de estas

especies humanas alternativas legadas por la tradición y que han acabado adquiriendo una existencia convencional no demasiado acorde con el espíritu explorador e innovador de la ficción especulativa, también desde antiguo se han imaginado otras humanidades con grados variables de diferenciación con respecto a la nuestra, desde los que nos pudieron preceder en nuestro planeta o que se ocultarían en alguno de sus rincones inexplorados hasta los que nos serían sumamente ajenas por su aspecto y actos, como serían las de aquellos moradores de otros astros con los que gusta especular la ciencia ficción y sus géneros precursores desde que Marcus Tullius Cicero (106-43 a.C.), llamado entre nosotros Cicerón, los presentó como existentes en su visión cósmica ficticia «*Somnium Scipionis*» [«El sueño de Escipión»] (54 a.C.).

Estas humanidades distintas a la nuestra han sido objeto de obras literarias desde la Antigüedad clásica, pero han proliferado especialmente coincidiendo con el auge creciente de la ficción especulativa a partir de la revolución tecnológica y de mentalidades propiciada desde el siglo XIX por la triple revolución económica de la industrialización, política del liberalismo y cultural de la secularización. Gracias a estas tres grandes mutaciones, producidas primeramente en la sociedad occidental, la humanidad existente ganó, al menos allí donde las religiones e ideologías totalitarias no lo impidieron, la posibilidad y el placer de descubrir y conjeturar especies y civilizaciones humanas nuevas en el remoto pasado, así como la de postular racionalmente la posibilidad de que quedaran otras aún por descubrir, en la Tierra o fuera de ella. En particular, gracias a los nuevos hallazgos de las ciencias naturales y humanas, ya empezó a divulgarse ampliamente por entonces que la humanidad no había aparecido en nuestro planeta exactamente como es ahora desde el principio, y que tampoco había seguido el curso (pre)histórico revelado por las escrituras sagradas del judaísmo y de esas herejías o religiones derivadas suyas que son el cristianismo, el islamismo y el mormonismo. Una vez rotas las cadenas teológicas y míticas de esas religiones, excepto entre quienes siguen amando los grilletes de su prisión mental de dogmas antinaturales, quedaba abierta la puerta a toda clase de especulaciones sobre humanidades alternativas en el pasado, el presente y el futuro. Así surgieron entonces las ficciones de asunto prehistórico y protohistórico, la fantasía épica, las ficciones de aventuras en mundos perdidos y la ficción científica como géneros donde la subcreación

de humanidades variadas encontró su mejor acomodo, sumándose así a las tradicionales ficciones maravillosas sobre espíritus elementales y entes folclóricos hoy objeto de los estudios culturales llamados *elficológicos*.

Estas humanidades alternativas han abundado especialmente en la literatura italiana de idioma toscano. En las páginas de la presente revista ya han aparecido algunos buenos ejemplos de ello, entre otros las traducciones de «La città dei titani» [La ciudad de los titanes¹] (*Le Danaidi* [Las danaides], 1897/1905) de Arturo Graf (1848-1913) y de «La vita di domani» [La vida en el mañana] (*La morte della donna* [La muerte de la mujer²], 1925) de Fillia (Luigi Colombo, 1904-1936). Esa obra de Graf describe las ruinas de una ciudad grandiosa erigida por los titanes, aquellos gigantes que se alzaron trágicamente contra los dioses olímpicos griegos, afortunadamente sin ver tras su derrota cómo una humanidad ridícula de pigmeos había acabado estableciéndose en aquella ciudad suya abandonada. La de Fillia es una anticipación de una humanidad futura obsesionada por la estética y deficiente desde el punto de vista emocional que delata una mutación mental con respecto a la humanidad presente de la que procede. Ambas ficciones, la primera en verso y la segunda en prosa, ilustran dos maneras de explotar literaria y especulativamente la otredad humana. Mientras que el poema de Graf se inscribe de forma original en una larga tradición literaria, el cuento de Fillia es programáticamente moderno, al responder su estética a la rabiosa actualidad del Futurismo. Entre un polo y otro evolucionó la expresión retórica del fenómeno de la subcreación literaria de otras humanidades en Italia, empezando por la de unos ancestros primitivos diferentes a nosotros.

¹ *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, 4.10 (2018), p. 112.

² *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, 10.1 (2024), pp. 184-189.

Sin embargo, aunque esta impresión podría deberse a la falta de estudios y reediciones, no parece que la especulación ficcional sobre las humanidades primitivas haya alcanzado en toscano un desarrollo comparable al que ha experimentado en otras grandes lenguas literarias europeas. No nos consta la existencia en Italia de narraciones decimonónicas sobre los homínidos y los hombres de la Prehistoria lejana, a diferencia de Francia, Alemania o Gran Bretaña. Con todo, el poema «La selva primitiva» [*La selva primitiva*³] del prestigioso poeta y filólogo Giosuè Carducci (1835-1907) cubre en parte esa carencia, pese a su brevedad. Realmente, se trata de una estampa puramente descriptiva que iba a formar parte de un poema sobre la poesía griega que el autor acometió en 1856 y que había de contar el origen más lejano de la creación poética, partiendo de la condición primitiva del ser humano y de las características especuladas de sus cantos, hasta centrarse en la poesía homérica y en la sáfica, como grandes ejemplos primeros de poesía épica y lírica, respectivamente. Por desgracia, solo llegó a terminar y publicar, en un volumen de *Poesie* [Poesías] (1871), los pocos versos de «La selva primitiva». Ignoramos por qué no perseveró en su proyecto. Tal vez consideró que su estética neoclásica aplicada a un poema didáctico era anacrónica tras el triunfo del Romanticismo también en Italia, y antes de que el Positivismo pusiera de nuevo de moda ese género de poesía, incluso aplicado a la materia prehistórica, tal y como aparece plasmada, por ejemplo, en la sección titulada «Os séculos mudos» [Los siglos mudos] de la serie de *Miragens seculares* [Espejismos seculares] (1884) de Teófilo Braga (1843-1924). Fuera así o no, tanto el estilo como el planteamiento de «La selva primitiva» recuerdan los de Vincenzo Monti (1754-1828), sobre todo los de su poema póstumo

Feroniade [Feroniada] (1832), en el que figuran asimismo algunas escenas de lo que pudo ser la vida humana en los tiempos del mito. En cualquier caso, como Carducci se limitó a dar a conocer aquel breve fragmento de su poema proyectado, ha de considerarse que se puede leer como una pieza completa e independiente, cuyo interés es poético, más que didáctico, una vez escindido del conjunto previsto. Así lo sugiere el lenguaje extremadamente ornado del poema superviviente, cuyo estilo es sintácticamente tan complejo como lo es su vocabulario, preñado de expresiones y palabras arcaicas. Esta retórica extremada contrasta con la sobriedad de las hipótesis científicas que ya entonces se habían empezado a emitir sobre la Prehistoria. La humanidad primitiva de Carducci, con sus niños criados en compañía de cachorros ferinos y sus varones aterrados por las fuerzas de la naturaleza, pero contemplativos de la belleza del firmamento, obedece sobre todo a una concepción tan fabulosa como poética del origen de la humanidad. A la vista de lo improbable de su conducta, es patente que Carducci no buscaba en absoluto una ilusoria verosimilitud científica, sino más bien un superior efecto expresivo, al que sirven manifiestamente las imágenes que esmaltan el poema, como la de aquellos volcanes inmensos que escupen un fuego que va muy de acuerdo con el ardor emocional del mundo evocado. Sus hombres responden a la idea coetánea de la animalesca brutalidad primigenia, una brutalidad que adquiere visos alucinantes que animan a pensar en una humanidad que no puede tener cabida en la ciencia, pero que sí la tiene, con fuerza suma, en la poesía y la ficción, y que en ellas encuentra su justificación, que es de orden puramente literario.

Esta justificación no es ni la única, ni tal vez la principal siquiera, en otro poema

³ La traducción que sigue se basa en la edición siguiente: Giosuè Carducci, «La selva primitiva», *Tutte le poesie*, a cura di Pietro Gibellini, Roma, Newton & Compton, 1998, pp. 93-94.

especulativo en que se pinta también una humanidad alternativa a la nuestra. Como reside en otro planeta en torno a otra estrella, podría ser incluso uno de los primeros ejemplos italianos de descripción de seres inteligentes extraterrestres concebidos seriamente con un enfoque especulativo. Se trata de los cuatro versos que constituyen «Altro mondo» [Otro mundo⁴], del libro *Poesie* [Poesías] de Niccolò Tommaseo (1802-1874), publicado en 1872. Su extraordinaria brevedad lo convierte en prueba fehaciente de que no hacen falta páginas interminables para dar idea de una humanidad alienígena, pues Tommaseo lo consigue en unas pocas frases en que acierta a sintetizar la característica esencial que diferencia a aquellos extraterrestres de la humanidad vulgar. Esta ya sabemos cómo se reproduce, mientras que la de aquel *otro mundo* innominado se multiplica con carácter inmediato y, sobre todo, ajeno a la carne. Tommaseo describe una humanidad que no ha perdido el paraíso, tal y como indica la alusión a la pareja primigenia del mito de creación hebreo, luego adoptado como propio por las diferentes religiones judaicas. La dimensión confesional del poema es, pues, manifiesta y lleva al extremo el odio al cuerpo material que imbuyó a la sufriente humanidad cristiana el extremismo de algunos de sus ideólogos, especialmente cuando la represión sexual llegó a su paroxismo en el siglo XIX en Occidente. Los habitantes del *otro mundo* de Tommaseo no pueden siquiera *pecar* y viven tan felices procreando en espíritu. La mojigatería sexual del texto es clara, pero al menos ha dado pie a la subcreación de una humanidad alienígena ciertamente poco habitual en la historia de la ficción científica.

⁴ Nuestra traducción sigue el texto de su primera edición: Niccolò Tommaseo, «Altro mondo», *Poesie*, Firenze, Successori Le Monnier, 1872, p. 509.

⁵ El texto original sobre el que se basa la traducción que sigue es el siguiente: E. G. Bonner, «Gli’Iperborei», *Leggende boreali*, Milano, Emilio Quadrio, 1886, pp. 30-32.

En cambio, Edoardo Giacomo Boner (1864-1908), aun sin atreverse a presentar sexualidad alguna, idealizó una humanidad entregada por entero a los placeres de la carne en «Gli’Iperborei» [*Los hiperbóreos*]⁵, la única de sus *Leggende boreali* [Leyendas boreales] (1886) que, pese a combinar expresamente motivos de la leyenda griega de los felices hiperbóreos septentrionales y de la medieval de la tierra de Jauja, no es, precisamente por su sincretismo, tan solo una versión de tradiciones antiguas de las literaturas escritas u orales de la Eurasia nórdica o boreal. Cada una de estas versiones suyas es de muy agradable lectura, pues Boner domina un estilo que resulta poéticamente sugerente y fluido narrativamente al mismo tiempo, cualidades de lenguaje que son patentes en grado sumo en «Gli’Iperborei». Frente a la trivialidad de las numerosas descripciones populares de aquella tierra de Jauja donde no se hace otra cosa que comer y dormir, sin necesidad de invertir esfuerzo alguno en procurarse el rico alimento que abunda en ella, puesto que todo cae por su peso, ya cocinado, en la boca de sus glotones habitantes, Boner introduce matices nuevos en ese panorama tantas veces repetido desde hacía siglos de gula ilimitada. Sus descripciones de las comidas de los hiperbóreos evitan la vulgaridad de la acumulación hiperbólica y meramente cuantitativa de manjares, prefiriendo en su lugar la presentación gradual de las comidas siguiendo una sucesión lógica, de modo que su arte introduce orden en el caos manducatorio habitual en esta clase de utopías fisiológicas. De este modo, el comportamiento de los hiperbóreos parece derivar de sus características propias como especie y del medio

en que habitan, en el cual los extraordinarios fenómenos culinarios se antojan naturales. Su mundo es el fruto de una subcreación de carácter especulativo, en el que los materiales legendarios empleados por el autor se configuran de forma coherente siguiendo un método de apariencia racional, al que sirve una escritura de aire etnográfico que confiere una ilusión de verosimilitud científica a su descripción pura de las costumbres de un pueblo exótico. Se trata entonces de una muestra destacada y pionera de docuficción (*fictional non-fiction*) que emplea el discurso etnográfico para exponer un contenido fabuloso, enteramente ficticio. A ello se añade que Boner se esfuerza por situar en una geografía exacta, aunque sea mítica, el país de sus hiperbóreos, a los que presenta también físicamente de forma que queda clara que su humanidad es de un tipo distinto al nuestro.

Esta humanidad hiperbórea no se limita, además, a vivir en un presente eterno e inmutable de comilonas continuas. Los hiperbóreos también envejecen y mueren, aunque lo hacen también de forma distinta a la nuestra, y más hermosa. La descripción de la ceremonia de fallecimiento de uno de ellos transforma radicalmente su personalidad de perezosos comilones, pues los actos del moribundo denotan una actividad que les confiere una plenitud humana que queda subrayada por la poética belleza de la escena final. En su paraíso de placeres materiales, hasta la muerte es feliz. Boner procede así a una idealización de la vida hiperbórea que constituye implícitamente un canto al cuerpo físico tan discreto como eficaz, además de radicalmente opuesto a la etérea sentimentalidad romántica de Tommaseo. Por desgracia, el mundo hiperbóreo se presenta como inalcanzable, aislado por completo en su

norte aislado en el espacio y en el tiempo, pues el uso del pretérito imperfecto de la introducción contrasta con el presente de la exposición etnográfica y lo sitúa en realidad en un pasado tan cerrado como el propio país, cuyos confines son imposibles de traspasar. De este modo, el de los hiperbóreos de Boner cumple el requisito indispensable en la fantasía épica de ser un mundo secundario ficticio de carácter autónomo y cerrado. En ello se distingue, entre otras cosas, de otro relato italiano sobre una humanidad diferente en un lugar aislado de nuestro planeta en una época lejana, pero que es un lugar al que personajes procedentes de nuestro mundo pueden acceder, al contrario de lo que ocurre en «Gl'Iperborei», como indica el propio título de ese otro cuento, «Un'avventura di Alessandro Magno e de' suoi» [Una aventura de Alejandro Magno y de los suyos⁶].

Esta narración es una de las «Parabole» [Parábolas] que constituyen la sección final de un libro de aforismos titulado *Ecce homo* (1908), cuyo autor es el mismo de «La città dei titani», Arturo Graf. Su protagonista es el famoso monarca y conquistador macedonio sobre todo como personaje literario tradicional, pues su aventura en este relato no deriva de su historia real, sino que su carácter fantástico se relaciona con sus hazañas entre poblaciones fabulosas que abundan en la copiosa materia legendaria de Alejandro desde la Antigüedad tardía hasta la época misma de Graf, como indica el poema sobre una extraordinaria humanidad bárbara «Gog e Magog» [*Gog y Magog*⁷] (1895; *Poemi conviviali* [Poemas conviviales, 1904) de Giovanni Pascoli (1855-1912). Graf añadió a esta materia el encuentro imaginado por él del rey y su ejército con una

⁶ Seguimos en nuestra traducción el texto de la primera edición: Arturo Graf, «Un'avventura di Alessandro Magno e de' suoi», *Ecce homo*, Milano, Fratelli Treves, 1908, pp. 229-232.

⁷ *Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa*, 9.2 (2023-2024), pp. 172-174.

humanidad exclusivamente de sexo femenino que ven surgir de unas extrañas plantas, en medio de un bosque que cruzan durante su expedición de exploración y conquista de Asia. Ante tal población de tan poco humano origen, los varones del ejército no se fijan sino en la apariencia hermosamente mujeril de aquellos seres y, ante su falta de resistencia u oposición, obran como les dicta su santa voluntad varonil. Por desgracia, en vez de contentarse con el placentero paréntesis en sus fatigas militares que supone su estancia erótica en el bosque, pretenden llevarse con ellos a las que tan buenas mozas les parecen, sin escuchar sus avisos, ni respetar su voluntad. Antes bien, las arrastran a la fuerza fuera de su elemento forestal, con luctuosas consecuencias. Al llegar la noticia del suceso a Aristóteles, el preceptor de Alejandro Magno, aquel filósofo los moteja de granujas merecedores de una buena tunda de palos. Graf no explica los motivos de la airada reacción del sabio. Además de la injusticia del maltrato sufrido por las jóvenes, cuyo cruel destino se debe al machismo patente de aquellos a quienes se habían entregado y confiado, cabe pensar que, como naturalista, Aristóteles habría querido saber quizás más sobre tan curiosa especie humana ahora extinguida. Otra lectura posible tendría más que ver con la mentalidad colonial contemporánea de la escritura de esta aventura, y de la que las conquistas de Alejandro podrían considerarse precursoras si no mediara el hecho de que este se enfrentó a tropas y ejércitos de su mismo nivel tecnológico y cultural, mientras que los europeos modernos (y los estadounidenses, japoneses y chilenos que los imitaron) empleaban una tecnología tan superior a la de sus víctimas exóticas que estas estaban casi tan indefensas ante ellos como las mujeres del bosque en este relato de Graf.

El abuso que aquellas sufren es efectivamente de orden a la vez sexual y

colonial, según un planteamiento que corresponde a uno de los géneros de ficción más populares y *coloniales* de la literatura, el de la ficción llamada de mundos perdidos o *arqueoficción*. Esta presenta a menudo el mismo esquema argumental que «Un'avventura di Alessandro Magno e de' suoi», esto es, el acceso de un varón o grupo de varones occidentales modernos a un valle o comarca secreta en la que encuentran una población culturalmente fósil que se ha mantenido allí intacta gracias a su aislamiento, pero que la llegada del personaje o personajes foráneos no puede menos que alterar, e incluso hacer desaparecer, como ocurre en ejemplos como «En la caverna encantada» (1929; *El libro de las narraciones*, 1936) de José María Salaverría (1873-1940) y el relato mismo que nos ocupa. Graf se desvía, no obstante, de aquel esquema al ser su mundo perdido una subcreación enteramente fantasiosa. En vez de presentar la pervivencia de cualquier civilización o población del pasado de nuestro mundo, inventa otra completamente nueva y que no es ni siquiera humana, de forma que su construcción ficcional conjuga una materia literaria añaña con un procedimiento subcreativo típico de la ficción especulativa contemporánea, cerrando así la línea tradicional de las otras humanidades de la literatura italiana y abriendo un camino nuevo que se consolidará tras la revolución estética vanguardista en torno a la Gran Guerra. En este contexto, la fabulación sobre esas humanidades alternativas en nuestro planeta que Graf había combinado con la popular narrativa de razas o mundos perdidos encontró una nueva manifestación aún más original no muchos años después en la obra de un autor hoy considerado un clásico de la *fantascienza* o ciencia ficción italiana, Giorgio Cicogna (1899-1932).

Esa consideración se debe sobre todo a un cuento de su libro de relatos *I ciechi e le stelle*

[Los ciegos y las estrellas] (1931) titulado «Hrn» [Hrn]⁸, en el cual se enfrentan dos individuos de especies enemigas en un remoto planeta, ambas dotadas de características muy originales y alejadas del antropomorfismo físico desafortunadamente habitual en la ciencia ficción galáctica de todos los tiempos. El esfuerzo de Cicogna por imaginar alienígenas realmente diversos delata un interés por la otredad que se manifiesta asimismo en la narración de mundo perdido de aquel mismo volumen titulada «L’Ovigdoi» [El Ovigdoy⁹]. Ese mundo perdido y su especial raza es en ella una población prehistórica humana que, a causa de un cataclismo ocurrido hacía muchos siglos, había quedado atrapada en un espacio subterráneo y suboceánico, donde había conseguido sobrevivir, pero a costa de perder sus características humanas a raíz de una extrema adaptación lamarckiana a su nuevo medio y sus características físicas de atmósfera, densidad, etc. Pese a ello, no habría perdido el recuerdo de su pasado en la superficie de nuestro planeta, ahora modificado en lo relativo a la idea que se hacen de ella a través de una larguísima tradición oral que había mudado aquella superficie en espacio mitificado designado con el nombre fabuloso de Ovigdoy, al que añoran como si fuera el cielo o paraíso de su religión o, por el contrario, vilipendian como origen de sus desgracias pasadas y presentes.

Ambas versiones del Ovigdoy se presentan en el relato, una como ficción dentro la ficción, y otra como corrección de la primera, de forma que la segunda gana por contraste mayor aire de verdad. La primera se caracteriza por el lenguaje altamente retórico empleado, cuya vehemencia persigue intensificar la carga emocional de orden épico, e incluso trágico,

de la narración. Según esta, la población bajo nuestros océanos realiza todo tipo de gestas extraordinarias, tanto negativas como positivas, desde matanzas y catástrofes apocalípticas hasta el heroísmo colectivo demostrado en su afán de venganza, que incluso la llevó a inventar explosivos para abrirse camino hasta la superficie de fuerza tan potentes que el estallido experimental de uno de ellos habría provocado el hundimiento de la Atlántida. Ahí se interrumpe el hilo de la historia, pero permanece la perspectiva inquietante de que podrían perfeccionar sus ingenios destructivos en grado suficiente como para cumplir su anhelo de caer monstruosamente sobre nosotros, la humanidad de la superficie. Afortunadamente, esta tragedia no se producirá, porque inmediatamente sabemos que todo ello no es sino la reproducción de un cuento de un escritor que, mientras viaja aburrido en barco hacia Japón, invierte su tiempo en redactar ese texto, reproducido entre comillas, con el exclusivo propósito de ganarse fácilmente las liras que le pagarán por una narración escrita con una extremosidad de peripecias y estilo que resulta prácticamente paródica, y retrata irónicamente la clase de escritor que cultiva tal clase de literatura y su índole materialista. No en vano el autor del cuento dentro del cuento se salva en el naufragio de su buque, tras chocar este con otro barco, simplemente porque no había querido escapar del suyo sin su cartera y su dinero...

Frente a esa narración intercalada y su autor, igualmente mercenarios, la segunda versión de la historia de los buscadores del Ovigdoy puede entenderse como una enmienda del propio Cicogna a la clase de literatura y de actitud literaria que personifica su imaginado

⁸ Hélice: Reflexiones Críticas sobre Ficción Especulativa, 7.2 (2021-2022), pp. 163-165.

⁹ La traducción se basa en el texto de su reedición crítica: Giorgio Cicogna, «L’Ovigdòi», *I ciechi e le stelle*, a cura di Nicola Caleffi e Guglielmo Leoni, introduzione di Magda Vigilante, Sassuolo, Incontrì, 2012, pp. 89-102.

escritor viajero. Contada en tercera persona en forma retóricamente mucho más sobria y aparentemente funcional, esta versión contrasta con la anterior por la discreta poesía de su lenguaje y de los hechos que cuenta, sin aspavientos, pero manifestando con superior eficacia el heroísmo genuino de los pocos exploradores que emprenden una expedición hacia arriba, hacia el mítico Ovigdoy, tras haber encontrado uno de ellos rastros que incitaban a creer en la existencia real de aquel. Esa expedición es sumamente complicada, porque la humanidad subterránea se ha adaptado físicamente a su entorno, al igual que la descrita en la primera versión *literaria*, aunque los resultados de ese proceso distan de ser corporal y moralmente monstruosos. Son solo pobres seres humanos como nosotros, semejantes en apariencia, pero con capacidades y discapacidades distintas, dictadas por las condiciones físicas allí imperantes, tal y como el narrador explica recurriendo a un lenguaje científico que confirma el carácter especulativo del relato, así como su verosimilitud al modo de la ciencia ficción, basada en una justificación razonable de la historia evolutiva de aquella raza y de las penalidades que sufren sus expedicionarios en un medio hostil. La narración de una y otras sugiere que aquellos pobres hombres nos superan a la mayoría de los seres humanos terrestres en valor, constancia, ética e incluso sincera fe religiosa no exclusivista.

Su buena índole, idealizada de manera menos convencionalmente moralista que la de los moradores del *otro mundo* de Tommaseo, vuelve aún más conmovedor su trágico fin, cuya causa contingente tiene que ver con el barco naufragado del escritor profesional,

quien habría podido conocer tal vez así las criaturas que había imaginado, de haberse hundido con la nave. En cambio, podrá proseguir su fructífera carrera de contador de historias, mientras que los descubridores del Ovigdoy no podrán volver a contar las suyas a su pueblo, esa segunda raza bajo el océano. Esta injusticia poética es profundamente irónica, al menos hacia los escritores que ni se toman en serio ni respetan sus dones de subcreación especulativa, a diferencia evidente del propio Cicogna, cuya obra supone también una viva refutación de la jerarquización altomoderna de los géneros de ficción, con los especulativos en lo bajo de la escala, por su presunto carácter popular y comercial. «L’Ovigdoi» demuestra, al contrario, que la ficción especulativa moderna no está ni mucho menos cerrada al experimentalismo narrativo de la literatura llamada culta, y que su validez no tiene por qué depender de las ganancias que pueda rendir a sus autores, idea implícita en las numerosas historias de la ficción científica y épicotantástica que hacen sobre todo hincapié en el éxito de público de sus productos. Frente al esnobismo de unos y el comercialismo de otros, Cicogna señala una vía de dignificación de la literatura de la imaginación razonada cifrada en el cuidado del estilo y la narración, por un lado, y la apertura mental e imaginativa, también en lo referido a la otredad, por otro. Además, así contribuyó también, tras Carducci y los demás subcreadores italianos de otras humanidades, a refutar la idea común entre quienes dictan su canon de que la gran literatura solo puede tratar de la vulgar humanidad presente del tercer planeta del sistema solar.

GIOSUÈ CARDUCCI

La selva primitiva

Huyendo por la gran selva de la tierra, el nacido de mujer aulló ya con los leones a la presa cruenta; luego, propagando la vida con el sustento ferino, vio en torno a sí a los dudosos hijos, y a él, rindiendo el descomunal cadáver de la materia a las vicisitudes eternas, lo dilaceraron los lobos por el gran desierto. Y tú, febea lámpara solitaria radiante en la inmensidad, no lamentes las vidas inclinadas sobre la obra del pan creciente; no viste danzas de himeneo, ni madres en vela al cuidado de la cuna, ni encorvados los hijos en los funerales de los píos progenitores, sino que acá relampagueaba la acequia por la llanura, aluvión de los volcanes, rutilando con fúnebre luz en derredor, y siempre se anublaban las abruptas cimas retumbantes, y mugía el océano, y por el monte azul subían las nubes humeantes desde el oceáno; allá amenazaban robles negros favorosamente al cielo, y a la sombra, con lobos aullantes y otras fieras se juntaba la prole de los hombres.. Un solo nido había para los partos de

la overa leona y el pequeño humano; el mozuelo feroz se solazaba provocando la hostilidad de los fieros discípulos, y tentando con manos niñas las crecientes melenas y las uñas y las armas horrendas de la boca, y rivalizando alegre en la carrera con los leopardos. Pero temía el hombre el lóbrego volcán y el fuego, el fuego incansable, y con rudo estupor oteaba el mar inmenso. También huía del fragor del viento dominando los bosques, y del trueno que retumba por los montes en el yermo del cielo se estremecía encerrado en las cavernas. Y ante el ruido de la borrasca, y ante la furia de la nubada por las bóvedas celestes, y ante el rayo estridente le corría una angustia helada en lo hondo de los huesos, y se aterraba y gemía. Se alegraba del soberbio sol y admiraba pensativo el cielo primaveral, pero, sentado largo rato en verde terrón, más se complacía con las virgíneas estrellas.

Febrero-abril de 1856

NICCOLÒ TOMMASEO

Otro mundo

En una estrella donde no hubo pecado
crecen los hijos de un mejor Adán. Dos almas
se dicen en el pensamiento «yo te amo», y al
punto nace un nuevo espíritu.

EDOARDO GIACOMO BONER

Los hiperbóreos

Tras todas las montañas y todos los mares conocidos, y tras un país misterioso llamado país cimerio, se levantaba una inmensa barrera de nieblas en la que nunca había podido penetrar nadie, pero una intrépida cigüeña sobrevoló una vez aquel límite y relató a su regreso maravillas sin cuento.

Aquella no es una barrera de nieblas, sino de mazapán, y tiene el espesor de cien millas. Desde allí se explana el vasto reino de los hiperbóreos, que es todo alturas herbosas y bosquecillos regados por claros arroyuelos. El clima es de una temperie suavísima. No obstante, se ven en el horizonte lejano la bruma, los soles nocturnos y las auroras cambiantes del polo, por lo que la tierra de los hiperbóreos ofrece la imagen de una flor en medio de un revoltijo de maleza. Los hiperbóreos son hombrecitos así de altos: nunca piensan ni hacen nada, de manera que medran gordos y redondos como salchichones. Permanecen la mitad del día tendidos en la hierba de los amenos bosquecillos,

canturreando y mirando hacia arriba, en derredor y delante, mientras el sol fluye en hilos tenues de oro a través de los follajes del chopo balsámico y del cedro siberiano. Luego se acuestan por tierra panza para arriba, lo que significa «tenemos apetito». Entonces ensombrece el cielo un velo asado y cocido de perdices y pollastres que caen lentamente sobre cada hiperbóreo, y cada hiperbóreo los agarra sonriendo, los rebana con un cuchillo plantado en el espinazo de cada uno de ellos y se alimenta. Quien no deseé pajarería, solo tiene que estirar la mano y asir uno de los numerosos cochinillos que vaguean entre los pies de todos, unos sazonados con salsas, otros simplemente dorados, unos aún intactos y otros que ya no lo están, también ellos con el trinchador sobre el lomo. Una vez liquidado el primer servicio, los hiperbóreos miran al cielo y sonríen, señal de que quieren más. Entonces cae una llovizna de bollos de harina y miel y de lenguas de gato que están diciendo «comedme», y los buenos

hiperbóreos prueban de todo. Después tienen sed. Se levantan y van a las fuentes, cada una de las cuales tiene cien caños, a los que pegan los labiecitos y sorben unos un vinillo, otros un rosolí y otros, en fin, una sidra que haría resucitar a un muerto. Sin embargo, a no todos les gustan las bebidas artificiales. Hay quien prefiere la miel que corre en arroyuelos densos y dorados por los pradales o la leche inmaculada que prodigan numerosas cabras acercando los pezones a la boca de quien las llama. Tras esto, los hiperbóreos arrancan ciertas pajuelas que se mudan al instante en óptimos habanos y fuman placenteramente. Ahítos y cansados, posan los miembrecillos en el suelo, que se convierte en camas blandísimas, y echan una siestecita. Tras despertarse plácidamente, se frotan los ojitos y van en tropel bajo los árboles tendiendo los delantales (cada hombrecito de estos tiene un delantal cosido a un cuello bordado), donde le caen a cada uno los albaricoques o las ciruelas más dulces, y esta es su cena. Hacia el crepúsculo

se abandonan definitivamente al sueño y la luna, que emblanquece cada noche su tierra, oye hasta la aurora un vasto y apacible rumor de ronquidos.

Pero los hiperbóreos no son inmortales. Llega la hora en que envejecen ellos también. Eso no los angustia, sino que, tras llamar a los parientes y amigos a un banquete, se sacian como es debido y luego saltan al lomo de un caballo brioso y aquellos vejetes parten a la carrera por todo el país hiperbóreo, de día y de noche, hasta que el corcel llega al borde de una peña altísima que sobresale sobre el mar del polo. El viejo se vuelve, canta su adiós a su hermoso país, iluminado por la aurora eléctrica, y espolea al caballo, que se precipita derecho y veloz en el abismo, y la luna platea la barbaza blanca del hiperbóreo, y el mar gimotea bajo la peña como un epicedio fragoroso.

(Mito de los hiperbóreos y del Schlaraffenland)

ARTURO GRAF

Una aventura de Alejandro Magno y de los suyos

Ya lo contaron otros, pero esto no es una razón para que no pueda contarla también yo, que lo sé de un modo algo diferente a los demás.

Un día, pues, en que hacía mucho calor allá por la India, Alejandro Magno y sus secuaces entraron, tras haber caminado largo rato bajo el azote del sol, en un bosque muy grande y sombroso, tan sombroso y tan grande como no habían visto, ni siquiera soñado, otro igual, de lo que se alegraron mucho, como es natural, porque estaban por completo molidos, empapados de sudor, y la sed los atormentaba, como suele ocurrir a los buscadores de gloria, y así determinaron quedarse en aquel bosque un día o dos y tomarse allí el oportuno descanso.

A decir verdad, los árboles de aquel bosque eran de una altura desmesurada y formaban, al entrelazarse las ramas y el follaje, una oscura bóveda impenetrable, bajo la cual había

perpetuamente un frescor agradabilísimo, que avivaba también una gran abundancia de aguas que brotaban y corrían, las cuales llenaban aquel silencio con su dulce murmullo. Y cubría todo el suelo blanda hierba perfumada, abundante de no sabría decir si flores o frutos, unos blancos como la nieve, otros rojos como la sangre, y tan grandes, tan extraordinariamente grandes que, de contarlo, parecería una patraña, y tenían forma de pelotas, muy redondas. ¿Cómo no se maravillarían, pues, los héroes, que con todo tantas otras maravillas habían visto ya, cuando vieron que, a una hora determinada, se abrieron todas aquellas pelotas y brotaron de ellas jóvenes hermosísimas que, semidesnudas y ágiles, se pusieron a bailar sobre la hierba, acompañando la danza con dulcísimos cantos? Fue tanta su maravilla que de buenas a primeras se quedaron sin habla, pero se recuperaron rápidamente,

como héroes que eran, y empezaron a trabar conversación y también a alargar la mano. Y las jóvenes les dijeron:

—Seremos vuestras mientras permanezcáis en este bosque y siempre que gastéis buenas maneras, pero tened presente que somos muy delicadas y que nuestra vida suele ser breve.

Los héroes no preguntaron más y permanecieron en aquel bosque cinco o seis días, entre grandísimas fiestas, pero luego se acordaron de que les quedaban unos cuantos reinos por conquistar y quisieron marcharse, e instaron a las jóvenes a seguirlos. Las pobrecillas se echaron a llorar muy tiernamente y dijeron:

—Por piedad, ¿qué nos pedís? Nuestra vida es entre estas plantas, bajo esta sombra. Si salimos del bosque, si el sol nos ve, moriremos rápidamente.

Pero los héroes, que eran tozudos, no les dieron oídos y, viendo que no las podían convencer por las buenas, empezaron a llevárselas por la fuerza, y así salieron del bosque. Y tan pronto como llegaron al aire libre y tuvieron el sol encima, las pobrecillas cayeron muertas por tierra.

Alejandro Magno dio noticia por carta a su maestro Aristóteles del conmovedor suceso, que indignó muchísimo a Aristóteles y le escribió los más amargos reproches que jamás se habían escrito a un rey o a un conquistador y, entre otras cosas, de haberse percatado ahora de cuán vano había sido su trabajo al querer enseñar a Alejandro un poco de filosofía, y acababa la carta calificando a Alejandro y a sus secuaces de golfos y granujas, mucho más merecedores de azotes que de coronas.

GIORGIO CICOGNA

El Ovigdoy

«El oso no había aún aparecido en las cavernas de Lunigiana.

En el zénit rotaban constelaciones desaparecidas en torno a la Tierra, la cual, ya salida de la adolescencia, manifestaba con fecundidad impetuosa especies y linajes. Desde el trópico hasta el ecuador, entre las islas Fiyi y las Marshall, un continente bullente de vida soltaba a los vientos del sur la fronda de sus inmensos bosques.

Lo poblaban hombres sin arados ni carros, jinetes de bisontes y cazadores de águilas; morenos, macizos, de dientes brillantes, de piernas infatigables. Hacía poco que habían arrancado a la naturaleza el secreto del fuego. Germinaba el brote de la palabra en sus bocas.

Una noche, hombres, animales y cosas, campos, bosques y montes, todo lo que vivía y vegetaba y permanecía en reposo, todas las imágenes de la inmensidad y de lo eterno, todo fue engullido. Se hundió en lo profundo, en una

extensión de millones de kilómetros cuadrados, todo el continente: metros, centenares, miles, decenas de miles metros abajo. La madre tierra, enloquecida, devoraba a sus hijos, matándolos de horror, antes de tragárselos, y nacía así el océano Pacífico.

No murieron todos. Cerca de los bordes de la fractura resistieron algunos miles de desesperados agarrados a terrones, troncos, matas. Oyeron cómo ascendía el estruendo de la catástrofe hacia arriba, hacia las alturas, hacia la superficie donde había quedado la vida; cómo se perdía casi en la lejanía, cómo se confundía con el fragor del mar que sobrevenía. Luego la Tierra, al caer, se cerró sobre sus cabezas; sin cielo, todo parecía haber acabado. En la tierra fría y negra, bajo el océano rugiente, diez mil, veinte mil bajo el fondo, locos de terror oyeron cómo se iban apagando los ecos uno a uno.

Cayó el silencio de las tumbas, gélido, en el gran sepulcro. En la inmensa quietud subterránea, solas las grandes alas de la muerte.

Y no murieron.

La suprema virtud de la conservación pudo con la violencia destructora. La ruina de un mundo caído en una inmensa falla subterránea no bastó a extinguirla. Había quedado en la mole colmatada por el gran hundimiento un laberinto de fracturas y cavernas. El aire se filtraba a chorros entre los bloques amontonados; se colaban entre roca y roca aguas tenebrosas para las bocas sedientas y las heridas ardientes. La vida, suspendida milagrosamente en los primeros momentos al filo de lo imposible, osó perdurar y perpetuarse. Pero no supieron entonces qué tragedia debía surgir de aquella desesperada batalla los hombres ciegos que supieron devorar a los más débiles para que la tierra no los devorase a todos y beber el fango negro sin verlo y resistir al peso descomunal de las piedras allende las cuales estaba el sol.

Cien veces a punto de extinguirse por el hambre, nutriéndose a menudo de sí misma, usando hasta su último límite el recurso de la adaptación, la raza desgraciada que se desarrollaba en aquellas tinieblas, saliendo victoriosa de todos los peligros y de todas las adversidades, pudo finalmente encontrar el camino de la salvación: el del nadir. Bajaron más y más, siglo tras siglo, los supervivientes, cada vez más adentro y más profundo, hasta la zona de las arcillas y los suelos blandos. Los geólogos no conocen esos estratos, que se alternan caprichosamente a dos mil metros de la superficie, pero en el corazón del mundo, diversos y desiguales, se deslizan sedimentos menos densos, húmedos, tibios, que conservan quizás las características del planeta cuando su condensación no se había completado todavía. Miradas de seres desconocidos bullían en

aquellas aguas fangosas y fueron la vida para los extraviados de la sombra.

Y transcurrieron los milenios y los hombres se transformaron.

Los ojos aprendieron a captar vibraciones que a nosotros nos revelan a duras penas complicados instrumentos; el oído adquirió una sensibilidad sobrehumana. Otros sentidos se desarrollaron lentamente. Nuevas capacidades se sobrepusieron a las antiguas. Al contacto constante con la tierra, los miembros se recubrieron de cartílagos y luego de una sustancia córnea, más dura allí donde hacía más falta. Las zarpas se tornaron herramientas para excavar y perforar. Abandonada la postura erecta, los hombres se arrastraron como reptiles. Una monstruosa imitación de la raza humana invadía la inmensa mole que el destino le había asignado.

Pero en el linaje no se había borrado el recuerdo del gran cataclismo. El eco de la remota tragedia repercutía milenario tras milenario, sin debilitarse. Al refinarse los intelectos, se sucedieron civilizaciones extrañas y deformes, interrumpidas por pausas sangrientas de guerras y desgracias, y la conciencia del bien perdido, la conciencia de un cielo y de una libertad se agigantaba poco a poco, martilleaba las generaciones con su ritmo oscuro e implacable, con un deseo creciente de desquite y venganza. La vida, que se había adaptado a todo y que, transformándose, había sabido imponerse a todo, no sabía ni podía renunciar al Sol. La necesidad invicta se desbordó en un gigantesco asalto a las estrellas. Los sepultados quisieron salir. Cerrados a cualquier distracción de fuera, opacos a toda dulzura de la creación, absortos, perdidos en este sueño sobrehumano, su voluntad, rígida y compacta como la roca que habían habitado, se desencadenó en un torbellino de esfuerzos, centuplicados por las derrotas.

Obraron tentativas absurdas, grandiosas como planes de arcángeles rebeldes, por abrir el muro de miles de millas. Liberaron de los minerales y metales energías incommensurables, robadas a la tierra a través de los secretos de sus vísceras, contra la corteza inexorable.

Los pigmeos adentilaron al gigante con ejércitos de millones.

Todo lo que entre nosotros se disipa en los infinitos celestes se dirigía en ellos, adensándose y concentrándose, en aquella idea única, pero fallaban todos los esfuerzos.

Entonces pidieron venganza a su Dios. Cada vez más arriba, hasta donde era posible llegar, excavaron una inmensa caverna. Allí fueron acumulando durante siglos, sin descanso, una materia blanda y gelatinosa, que tiene dentro la potencia de cien explosivos. Los oscuros hombres de la sombra, cargados de todo el odio que albergaban contra la ciega naturaleza que los había condenado, en tantos milenios de desesperación, la acumulan en montañas intactas como glomos centelleantes. Cuando llegue el momento, los hombres de la noche se juntarán hacia el extremo opuesto de la gran mina. Esperarán temblorosos el estruendo de la liberación. Luego, rota la tierra, abierto el cráter, se lanzarán fuera de la abertura, desbordándose en miríadas, sedientos de venganza.

En los mil talleres que preparan la sustancia terrible, pequeños fragmentos estallan a menudo. Atraviesa la Tierra una breve vibración. A veces enloquece las agujas de los sismógrafos. En los primeros experimentos, hace mucho tiempo, un incidente de este tipo alcanzó las proporciones de una catástrofe. Se abrió un gran rasgón y se tragó la Atlántida».

«Bien —pensó apenas hubo acabado de releer—, muy bien». Aquella alusión a la Atlántida era tal vez algo trivial, pero surtía efecto. También esa idea de las explosiones,

aunque algo... apocalíptica, podía pasar; el público digiere también cosas peores, si uno sabe cómo. Satisfecho, posó la pluma, volvió a poner las cuartillas en el cajón, se levantó, salió a la cubierta. Hacía un rato que habían dado cuatro toques dobles a la campana de popa; la medianoche se había quedado allí, donde la estela más lejana se perdía en la sombra de la noche. En la altura había un hervidero de estrellas, tantas que parecía imposible a la mirada distinguir mil tan solo, como demuestra la experiencia. Le parecía que podría haber contado un número infinito de ellas y, según los ojos se iban adaptando a la oscuridad, la polvareda luminosa se hacía más tupida. La inmensa constelación del Escorpión se cernía en la altura con sus pinzas desmesuradas. Aún quedaban cuarenta horas de frémitos; luego el barco, acabada la interminable travesía, arribaría a Yokohama.

Paseó largo rato con la cabeza descubierta, fantaseando. Había sido óptima la idea de engañar el aburrimiento de la navegación escribiendo. El ritmo del pensamiento se armoniza con el de las hélices; la fantasía se suelta, la pluma corre sin estorbo. En ocho días, y aunque había concedido sus derechos al bridge, al ocio, al descanso y a la conversación, había garabateado seis cuentos, casi sin esfuerzo. Calculó mentalmente lo que le rendirían; conforme a contrato, la suma casi igualaba el importe del billete. Tiempo bien invertido.

Miró abajo la fosforescencia del mar y pensó, estremeciéndose, en la profundidad de las aguas oscuras sobre las que el barco avanzaba ligero, apenas balanceándose sobre las olas majestuosas del Pacífico. La gran fosa de Japón debía de estar cerca, con su sima de diez mil metros. Allá abajo, a quien hubiera podido ver desde el fondo el gran transatlántico, con su carga humana de esperanzas y vanidades, le habría parecido un minúsculo objeto oblongo

y negruzco. Se acordó de sus imaginarios habitantes de los estratos profundos del planeta y sonrió. ¡Poesía! Sí, era verdad, se lo podía considerar un poeta. No todos son capaces, en el fondo, de crear mediante la imaginación un mundo y poblarlo de seres y contar sus historias dando la ilusión de la realidad.

Esto era propiamente crear: hacer, *poiéin*, y esta capacidad es una gracia que los hombres reconocen y pagan. Mil liras un cuento que le había costado cuatro horas de trabajo, doscientas cincuenta liras la hora, más de cuatro liras el minuto: este era el equivalente tangible de aquel misterioso proceso que es el pensamiento, cuando ese proceso se producía en su cabeza. «Con tal que dure», pensó y, lanzada una última mirada al mar, volvió a entrar en su camarote, se desnudó, se tumbó en la litera y se puso a anotar diligentemente en el cuaderno los gastos del día.

La proa del *Lincoln* se encajó tan profundamente en el costado desgarrado del transatlántico que, en un primer momento, embalsó la vía de agua como un tapón gigantesco y una parte de los pasajeros pudo escapar al barco atropellador. Luego el mar separó los dos barcos; el herido, cediendo lentamente, empezó a irse a pique; el otro, con la proa abarquillada y torcida, se quedó, resollando vapor, a intentar salvar a los naufragos a la luz de los faros convulsos. Pero el transatlántico estaba herido de muerte; su agonía fue breve; once minutos después de la embestida, tras un vuelco gigantesco, se hundió.

Aún despierto en el momento del choque, el *poeta* se precipitó al puente en pijama y su primer impulso, una vez intuida la tragedia, fue el de lanzarse a un bote salvavidas que había visto abarrotarse, con sorprendente rapidez, de seres aullantes y gesticulantes, aparecidos de

repente de todas partes como por encanto. Un momento de reflexión lo salvó; su camarote estaba en cubierta; pensó que tendría tiempo de salvar las cosas de valor que llevaba consigo.

Cuando volvió a salir, la embarcación ya estaba a rebosar y ya no pudo montar en ella; entrevió la proa del otro barco, aún encajada en la tablazón; se encaramó; lo recogieron; los otros, los que se habían quedado en la chalupa, no consiguieron en medio de la confusión desatar los cabos para descolgarse y el buque los arrastró consigo.

Jadeante, con el corazón agitado, la garganta seca, los labios gruesos y blancos, vio desde el castillo del *Lincoln* el fin del barco que, durante ocho días, seguro y soberbio, lo había transportado sobre el océano; lo vio como un cetáceo herido que se volteara volcándose sobre el costado; luego, entre chorros de humo y vapor, entre resplandores de incendio y gritos de desesperación, hundirse rápidamente y desaparecer. Algunos centenares de puntitos negros que se agitaban entre extrañas siluetas de chatarra fue todo lo que quedó a flote, en el mar llano e indiferente.

Una gran noticia había corrido de una caverna a otra, entre el pueblo de los sin Sol; una noticia que valía la pena escuchar. Uno, no se sabía todavía quién, había conseguido encontrar el camino del zénit y, desafiando los peligros de la rarefacción, había ascendido hasta el límite más allá del cual, según la leyenda, solo había los abismos sin fin del vacío absoluto.

Esta vez no se trataba de una fantasía. El explorador había regresado de su empresa trayendo consigo pruebas ciertas: fragmentos de cuerpos ignotos, ejemplares de animales de especies desconocidas; además, la descripción que había hecho del *vacío* parecía concordar con las hipótesis más verosímiles.

Pronto se organizó una expedición a lo grande. Aunque se tratara de afrontar los trabajos de una ascensión de varios meses, erizada de dificultades y peligros, a lo largo de aterradores despeñaderos y gargantas sin explorar, fueron innumerables los voluntarios que se presentaron. Estaba a punto de pasarse una página decisiva para la historia de los habitantes de las tinieblas; el enigma que había atormentado a tantas generaciones iba a ser resuelto; se sabría por fin qué llenaba ese «más allá» tan debatido del que solo se sabía hasta ahora «que nada hacía descartar su existencia».

Aquellos hombres subterráneos no eran la horda casi demoníaca que el poeta había imaginado, ni presentaban tantas diferencias orgánicas como para no poder reconocerlos como nuestros semejantes. Ellos no proyectaban «asaltos a las estrellas», ni preparaban explosivos para hacer saltar la tapa de su presión, y eran inocentes de la desaparición de la Atlántida.

Eran pobres hombres como nosotros de estirpe terrenal, encerrados desde hacía doce milenios en las entrañas de la tierra. Antes de la época ya olvidada de la catástrofe, su raza había morado en los altiplanos de América del Sur; ahora, tras tan largo cautiverio, vivía bajo la gran masa del Pacífico, muchas millas por debajo de las fosas más profundas, y su reino, archipiélago con innumerables cavernas que se extendía en tres dimensiones, bajaba hasta rozar casi los estratos calientes sobre los que se pierde la corteza del planeta.

En aquel reino, la presión del aire, del que un ciclo de transformaciones renovaba sin tregua el oxígeno que se combinaba incesantemente, había ido aumentando poco a poco desde el día del hundimiento. En el inmenso laberinto de cavidades subterráneas, una ley misteriosa parecía haber hecho confluir durante siglos, casi imperceptiblemente, otro aire, más y más aire, y

la densidad del fluido se había vuelto tan grande que un ser terrestre allí llevado explotaría como un huevo en el fondo del océano.

Pero los habitantes de aquel mundo, adaptándose gradualmente, se habían empapado muy despacio de aquella presión hasta las venas más minúsculas, hasta los más pequeños intersticios entre una célula y otra; de una generación a otra, los organismos se habían ido adaptando al aplastamiento, como entre los peces abisales, cuyos órganos más delicados pueden resistir a la presión externa porque no tienen nada que no participe de ella, de modo que también la estructura interna de sus cuerpos se había modificado, adecuándose a la necesidad, volviéndose así capaz de asegurar el normal desarrollo de la vida. Al vivir, además, en un ambiente en que el aire tenía ya un peso específico poco inferior al de su cuerpo, habían perdido casi el grave atributo del peso y podían fluctuar en su reino con una ligereza solo atenuada por la densidad del medio. El mismo destino que los había condenado a ellos, que estaban hechos para vivir en la superficie, a un mundo tridimensional, les ofrecía, casi benigno, una compensación en forma de esa capacidad de desplazarse verticalmente que derivaba de la pérdida del peso. Ascender por una pared a pico, bajar a un abismo, pasar de un lado a otro de una quebrada era para ellos tan fácil como para un nadador desplazarse por el agua; idénticas más bien a las que sentimos nadando sumergidos eran todas sus sensaciones relacionadas con el desplazamiento, e igual el esfuerzo; insensibles a la presión ya perfectamente equilibrada, eran en todo y para todo criaturas abisales que nadaban en un océano gaseoso, en una oscuridad solo rota por resplandores de fosforescencia y por algún raro asomo de reflejos procedentes de alguna sima.

En aquella sombra, si bien la capacidad de percibir los colores se iba perdiendo poco a

poco, se había desarrollado prodigiosamente, para compensar, el tacto. En los puntos de la epidermis en que estaba más embotado, superaba la sutileza de percepción de nuestras yemas de los dedos y en la extremidad de estos se había vuelto tan perfecto que podía captar la gama más grave de las vibraciones sonoras que recorrían el aire y, en aquel mundo denso y macizo, los sonidos estaban en su elemento; circulaban, se reflejan, se refractaban en mil ecos, se desflecan en mil murmullos.

Así era el dantesco reino de los desterrados y así eran sus habitantes, por lo demás pobres hombres como nosotros, entre los cuales habían florecido civilizaciones, estallado guerras y revoluciones, vivido pensadores y profetas; pobres hombres, cada uno de ellos encerrado, como nosotros, en la cáscara de su pequeña vida; cada uno, como nosotros, deseoso y, al mismo tiempo, temeroso de salir de allí, y como en nuestro bancal a la llamada de cualquier aventura fascinante, también entre ellos, al tener noticia de la gran empresa, miles de corazones habían palpitado, ofreciéndose. La suerte escogió a los privilegiados y una pequeña caravana de estudiosos, guiada por el solitario explorador que se había atrevido el primero, emprendió lentamente la ascensión.

Un día, algo indefinible avisó a los cuatro supervivientes que estaba a punto de producirse un cambio en la zona a lo largo de la cual, rotos de cansancio, sedientos, jadeantes por la rarefacción del aire, aún subían, con la desesperada obstinación de la voluntad que no quiere rendirse. La última víctima, piadosamente sujetada a una gran roca, se había quedado media milla más abajo, fulminada por una embolia; a la penúltima le había fallado el corazón; otros ocho se habían perdido a lo largo del camino tremendo, destrozados por el esfuerzo, por las privaciones, por aquella terrible

embolia al acecho, a cada recodo, a cada meseta, a cada metro de altura ganado. Según la meta se acercaba, la ascensión se volvía más fatigosa; el cuerpo perdía vigor y soltura; también el ligero aumento de peso (unos pocos gramos cada cien metros) se volvía una molestia insostenible; por poco que se prolongara la exploración, también los cuatro superviviente habrían tenido que rendirse y detenerse, o morir. Pero el frío, ese frío extraño, húmedo, penetrante, se mudó de pronto en una especie de viento cenital, que bajaba a rachas; una luminosidad azulencia, que nuestros ojos apenas habrían podido distinguir, pero que a ellos, acostumbrados a las tinieblas, les pareció un claror de aurora, relampagueó a través de las grietas de un roquedal; una sensación indecible de liberación les agitó como un estremecimiento los cuerpos exhaustos y, en un último esfuerzo, como náufragos que se aferrasen a la orilla, los cuatro hombres de las profundidades consiguieron emerger.

El cielo.

El cielo. Aquello era el cielo, el Ovigdoy de la leyenda, la quimera obsesiva de innumerables generaciones, el sueño que habían soñado los padres de los padres remotos, el lugar fabuloso donde se juntaban las almas de los buenos tras la muerte.

El cielo inmenso, igual a sí mismo en cualquier punto, sin rocas ni barrancos, sin ruidos ni temblores, el reino de la luz y de la paz, el infinito visible y perceptible; el vacío que domina el pleno, la nada que se dilata sobre la materia.

Aquello era el cielo, espacio sin forma ni dimensiones, lago de aire inmóvil sobre el inmenso tablado del mundo, y la superficie de aquel mundo, al extenderse sin límites alrededor, era el confín entre la roca y el aire, entre la materia y el fluido, entre el reino de la vida y el desierto de lo deshabitado.

Olvidadas todas las penalidades, los cuatro hombrecitos ponían los ojos en blanco en derredor suyo, sedientos de aquella luz que les parecía inmensa, agitando los dedos para recoger a través del tacto prodigioso los mensajes de aquel espacio en el que se sentían sumergidos como en un baño de felicidad. ¡Cuán angostas, tétricas, oscuras les parecían ahora las cavernas más amplias del mundo subterráneo, comparadas con aquella inmensidad azulina e igual! ¡Cuán inefable la sensación de gozosa libertad que acompañaba la contemplación de aquel infinito!

Una vez saciada la primera hambre de los ojos, cautos, casi temerosos de profanar la augusta solemnidad del espectáculo, dieron los primeros pasos por aquel desierto que pies humanos hollaban por primera vez. Todo parecía nuevo, maravilloso, indescriptible, también la blandura de aquel suelo compacto; también la silueta desgarbada de un pequeño ser extraño erizado de púas que se acercó, oteando casi con ira; también la extraña resonancia de las primeras palabras intercambiadas bajo la banda del cielo.

—El pobre Ander tenía razón —susurró uno de los cuatro—. El Ovigdoy es aire y la superficie del mundo es llana.

—¡Qué pureza de luz! —dijo otro—. Y cuanto más se mira al zénit, más resplandeciente se vuelve.

Una mirada de los nuestros no habría distinguido más que un centelleo apenas perceptible, pero los cuatro exploradores prorrumpieron a la vez en atónitas exclamaciones de maravilla.

—¿Quién lo ilumina? —dijo una voz tras una pausa.

—Quizá brilla solo, con una luz fría en cualquier caso. Probablemente en cualquier lugar de la superficie del mundo parece la luz más intensa en el zénit.

—A menos que en el espacio no estén diseminadas fuentes de luz y hayamos acabado precisamente bajo una de ellas.

—¿Puede hablarse de «fuentes de luz» en un espacio igual y uniformemente vacío? Me parece absurdo. Pero lo veremos dentro de poco, por otra parte. ¿Os podéis levantar de nuevo?

Lo intentaron. Sea por el breve descanso, sea por el cambio en su estado de espíritu, los cuatro ascendieron sin demasiado esfuerzo con unos pocos movimientos mesurados. Según iban subiendo, se ensanchaba el horizonte; la tierra parecía una extensión uniforme, que se difuminaba en derredor en la grisura perlina de la lejanía. Se detuvieron a un centenar de metros de altura, arrellanándose en aquel vacío suave y blando que los sostenía. Un ligero imponerse del peso los atraía hacia abajo juntos, lentamente, pero a ellos, habituados a la inmovilidad casi absoluta en que permanecían cuando se abandonaban inertes allá abajo, en su denso mundo, les parecía que caían velozmente, y así se lo advertía el fluir del aire a lo largo de la sensible epidermis.

—Caemos; la rarefacción es extrema aquí —dijo uno—. No sé si se podría vivir largo tiempo en este vacío.

—Por mi parte, puedo morir contento —respondió el pionero, el primero que había descubierto el camino y que los había guiado por él—. Hemos visto lo que ninguno ha visto nunca. Nos hemos asomado al Ovigdoy, al infinito, al paraíso de donde descendió nuestra raza cuando Dios la expulsó en castigo a sus pecados. Ahora Él, en su infinita misericordia, nos ha concedido volver a ver su reino; nos ha llamado los primeros a participar de sus dones inagotables. El castigo a nuestro pueblo ha terminado. Demos las gracias a Él, que ha querido elegirnos como instrumentos de sus misteriosos designios.

Se hizo un largo silencio. El hombre que había hablado de esta manera, con el rostro levantado hacia el cielo, los brazos extendidos a lo largo del cuerpo y ligeramente abiertos, entrecerrados los ojos, se dejaba ir lentamente en una especie de éxtasis; nadie quiso alterar ese silencio; los cuatro corazones, abrumados por la oleada de emoción, latían con fuerza. Pero duró poco. Una mancha allá en lo alto, oscura, oblonga, negruzca, había aparecido de improviso en la zona más clara del cielo y descendía. Se dieron cuenta con rapidez, al tacto, del desplazamiento del aire que provocaba su caída; luego la vieron agrandarse poco a poco, acercarse, perfilarse.

—Allí, allí —exclamó gritando el pionero. No tuvo tiempo de maravillarse en aquel momento de un hecho bastante extraño, esto es, que su grito había resonado tres, cuatro, cinco veces, en aquel cielo vacío, como si lo hubieran reflejado las paredes de una cavidad. Grandes y extraños pensamientos cruzaron su mente, pensamientos en los que a la imagen del cuerpo declinante en el cielo se asociaban las de un Dios, de una revelación, de una señal prodigiosa del Ovigdoy.

Grandes y extraños pensamientos de cosas inconcebibles, eternas e infinitas, entre las

cuales no cabía en aquel momento la sospecha de que el cielo no fuera el Ovigdoy, sino una pálida imagen de este, que el vacío no fuera el universo que domina el plano de la materia, sino tan solo una gran burbuja de aire, constreñida por el peso derivado de la gran compresión, en el fondo de la mayor fosa del Pacífico; inmenso lago de aire sobre el cual gravitaba un estrato de nueve mil metros de agua; que sobre aquel lago gaseoso pudiera arquearse la bóveda azul de un océano, con olas, rompientes, tempestades invertidas; que, en fin, aquel cuerpo oblongo, oscuro, negruzco, fuera el testimonio de otro mundo, el mundo sobre el cual se arqueaba el verdadero Ovigdoy, el mundo del aire libre, de la superficie verdadera, de los hombres a quienes el gran cataclismo no había condenado a las tinieblas.

Ni siquiera podía sospechar que con el casco oscuro, oblongo y negruzco del transatlántico desgarrado habría bajado a reunirse con los seres del abismo el poeta que los había imaginado, si la idea de salvar la cartera no lo hubiera vuelto a llevar a nueva vida y nuevos contratos, por suerte para nosotros, los lectores.